

Los descacharrantes casos de

 **EKA Y** 
VASARELY

EL ABUELO GAMBERRO

PEDRO RIERA



edebé

Los descacharrantes casos de



EKA Y



VASARELY



Los descacharrantes casos de



**EKA Y
VASARELY**

El abuelo gamberro

PEDRO RIERA

Ilustraciones de
Ángel Trigo

edebé

© del texto, Pedro Riera, 2024
Representado por Tormenta
www.tormentallibros.com

© de las ilustraciones, Ángel Trigo, 2024

© de la edición: Edebé, 2024
Paseo de San Juan Bosco, 62
08017 Barcelona
edebé.com

Directora de Publicaciones: Reina Duarte
Coordinación de la producción: Elisenda Vergés-Bo
Diseño: Book & Look

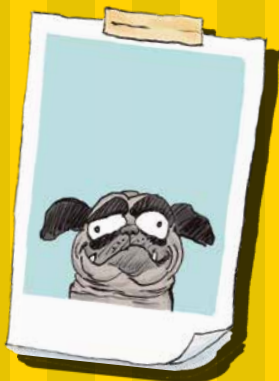
1.ª edición, noviembre 2024

ISBN: 978-84-683-7258-7
Depósito legal: B. 9985-2024
Impreso en España
Printed in Spain

Queda terminantemente prohibido cualquier uso de esta publicación para entrenar tecnologías de inteligencia artificial (IA) generativa. El autor y el editor se reservan todos los derechos de licencia de uso de esta obra para dicho fin y para el desarrollo de modelos lingüísticos de aprendizaje automático.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 05).

*A mi padre,
el abuelo spoiler.*





Aurelio siempre volvía andando del colegio.

La primera parte del trayecto la hacía relajado, charlando con sus amigos. Sin embargo, en cuanto se separaba de ellos y cruzaba la avenida Principal, se ponía tenso. Pero que muy tenso. No dejaba de mirar a su alrededor como si temiera que un leopardo de las nieves le fuera a atacar por la espalda. O como si, al doblar la esquina, se pudiera encontrar cara a cara con un rinoceronte de Sumatra que cargara enloquecido contra él. O como si un cocodrilo del Nilo se hubiera escondido debajo de uno de los coches aparcados para meterle un bocado en la pantorrilla a traición.

Por supuesto, en la ciudad de Aurelio no había ni leopardos de las nieves, ni rinocerontes de Sumatra, ni cocodrilos del Nilo. Era una





ciudad bastante sosa. Por no haber, no había ni jirafas. Pero no penséis por eso que el niño estaba loco. No. Aurelio tenía un buen motivo para estar tenso. Y es que, una vez cruzada la avenida Principal, entraba en el territorio de caza de su abuelo.

El abuelo de Aurelio, don Poluto, siempre había sido un hombre muy bromista. Pero, desde que se había jubilado y podía dedicarse en cuerpo y alma a sus aficiones, estaba fuera de control. A principios de año, se había encontrado un tubo de cartón de dos metros de largo por la calle y, en solo un par de semanas, se había convertido en un experto en su manejo. El anciano se acercaba a sus víctimas por la espalda, sigiloso como una pantera, colocaba un extremo del tubo muy cerca de su oído sin que se dieran cuenta y lanzaba un berri-do desgarrador.

—iiiiUUAAAAAAAAAAAAAAAAHHH!!!!

No era una broma muy sofisticada, pero sí muy efectiva.

¡Los saltos que pegaba la gente!

Don Poluto ya le había pegado unos sustos descomunales a medio vecindario. Sin embar-





go, su nieto seguía siendo su víctima preferida. Cada día, le tendía una emboscada a la vuelta del cole. Aurelio cruzaba la avenida Principal temblando de miedo. Sabía que, en algún lado, acurrucado en el escondrijo más absurdo, le esperaba su abuelo con su tubo y que, por muchas precauciones que tomara, no se iba a librar de que le pegara un susto estratosférico. Porque don Poluto nunca fallaba.

Era un bromista como la copa de un pino, el tío.

El día en que arranca esta historia, Aurelio llegó hasta la puerta de su bloque de viviendas sin que el abuelo diera señales de vida. Eso no quería decir que el niño estuviera a salvo. Ni mucho menos. En el edificio había infinidad de rincones estupendos que su abuelo podía utilizar para tenderle una emboscada. Aurelio se metió en el portal con mucha cautela y con el mismo miedo de quien se tiene que adentrar en medio de la noche y a solas en una casa encantada.

No había nadie en la portería.

Su abuelo no estaba detrás del ficus, ni debajo del sofá, ni colgado de la lámpara de techo.





El niño vivía en el tercero. Se planteó subir andando, pero lo descartó. Aquella era una escalera antigua, mal iluminada y llena de recovecos. Prefirió tomar el ascensor, aunque antes comprobó con la escoba del portero que la trampa del techo estuviera bien atornillada. No sería la primera vez que su abuelo se escondía sobre el ascensor para sorprenderle.

Bajó en su rellano.

Ni rastro de don Poluto. Su abuelo debía de tener el día perezoso y habría decidido darle el susto en casa.

Aurelio metió la llave en la cerradura, la giró muy despacio y entornó un palmo la puerta. La casa estaba a oscuras. Deslizó la mano al interior y accionó el interruptor del pasillo. La luz se encendió. El niño no entró enseguida. Aguardó unos instantes, escuchando atentamente. El silencio era absoluto. Contó hasta tres, respiró hondo y abrió la puerta de una patada. Irrumpió en el apartamento como esos policías de las películas que van apuntando con su pistola hacia todos los ángulos muertos por si hay un criminal armado al acecho.

El pasillo estaba despejado.





Sobre la cómoda de entrada, vio una nota del abuelo. Don Poluto siempre dejaba una nota cuando salía a hacer un recado. El niño no se fio. Podía tratarse de una trampa para hacerle bajar la guardia. Registró las habitaciones en orden y de forma concienzuda, procurando mantener siempre la espalda pegada a la pared. Buscó en los armarios, debajo de las camas, en los altillos, en el baúl, detrás de las cortinas, dentro del friegaplatos, de la lavadora, del carrito de la compra, en el cubo de reciclaje de compost. Incluso, en un exceso de celo, abrió el cajón del pan. Nada. No había ni rastro del abuelo. El niño miró a su alrededor, con expresión de desamparo.

—¡Jo! —dijo—. ¡¿Hoy no hay susto?!

Durante las últimas semanas, su abuelo se lo había hecho pasar tan mal que Aurelio le había suplicado en varias ocasiones que dejara de asustarle. Ahora, el niño acababa de descubrir que su vida era mucho más aburrida sin los sustos del abuelo.

Fue a la cocina a prepararse la merienda. Untó una rebanada de pan con crema de cacao dándole la espalda a la puerta y sintiendo un inquietante cosquilleo en el estómago. Imagi-





naba a su abuelo acercándose sigilosamente para lanzar un grito aterrador a través del tubo. No sucedió nada. El niño suspiró, decepcionado, y fue a comerse el bocadillo delante de la tele. Fue entonces cuando vio aquel objeto apoyado en la chimenea, y se quedó perplejo. Algo iba mal. Muy mal.

Corrió a llamar a su madre.

